

pero á más de que los materiales con que se preparan son costosos, su hedor fastidia demasiado. Meditando que aunque se procuren limpiar á menudo las camas, cortinas y otros muebles inmediatos al sitio en que se reposa, apenas se consigue el sosiego por algunos dias, á causa de que esterminadas las chinches, los huevecillos, que son muy pequeños, y que están depositados en las hendiduras de las maderas y costuras de los colchones y cortinas, proporcionan una nueva legion de insectos que procuran vivir como sus padres á costa de nuestra sangre: todo bien meditado, advertí, que cualesquiera insecto, bien se halle en su estado de perfeccion, ó de embrion, en lo interior del huevo, parece siempre que experimenta mayor calor que el que le es necesario para vivir: hice este experimento, que me resultó feliz, y de que uso siempre que es necesario: el catre con todas sus piezas las remito á un horno de panaderia, para que luego que sacan el pan las introduzcan dentro del horno: allí se mantienen tres ó cuatro horas, y el sosiego que logro por las noches por largo tiempo, me enseña se aniquilaron todas las chinches.

Podria temerse se deteriorasen las maderas del catre, los colchones &c. nada de esto se verifica, porque si el calor es bastante para aniquilar insectos, no lo es para destruir los muebles. El mismo feliz resultado tengo verificado en beneficio de los pájaros, pues habiéndoseme enflaquecido algunos á causa de hallarse infestadas las jaulas de corucos, luego que se practicó la espresada diligencia, pasandolos en el entretanto á otras jaulas, quedaron libres las suyas de tan fatales insectos.

Gacetas de literatura de 22 de marzo y 7 de abril de 1790.



Oracion fúnebre pronunciada en las ecséquias de Roselli, y traducida del idioma Toscano al nuestro por un anónimo.

Infandum jubes....renovare dolorem. Virg.

Para qué es, señores, renovar con un discurso como el que por orden vuestro tengo el honor de pronunciar en esta mañana, el profundo y vivo dolor que nos ha ocasionado el temprano fallecimiento de un héroe tan recomendable como aquel cuyas ecséquias tan justamente celebramos? ¿Para qué es hacer de nuevo un triste recuerdo de la pérdida irrepa-

table que nos ha acarreado su muerte, y de los prodigiosos é inauditos esfuerzos con que se dedicó á restablecer el honor de la escolástica, casi ya arruinada y sepultada en los profundos abismos del olvido? ¿Qué? ¿Este lúgubre aparato; los continuos ayes y gemidos de sus apasionados, y aun la misma tristeza y melancolia que veis retratada en los semblantes de todos los concurrentes, no son bastantes para apurar vuestro sufrimiento, y retraeros de una resolucion tan temeraria como esta? ¡Ay de mí! La gratitud y reconocimiento han prevalecido á los impulsos de vuestro pesar, sufocando en vuestros corazones todos aquellos sentimientos que no se dirigen á hacer los últimos y debidos honores á un escolástico que por tantos títulos se ha hecho acreedor á la veneracion y respeto de todos los filósofos de la escuela. Persuadidos de que el único medio de honrar á los difuntos es hacer una tierna memoria de sus beneficios, y de las acciones heroicas que los distinguieron de los otros hombres, para inmortalizar su fama; y deseoso de recompensar tantos y tan señalados favores habeis creido, que el único recurso que os quedaba, era perpetuar de este modo su memoria, substituyendo á la vida temporal de que le habia despojado la maligna parca, una vida eterna y duradera, cuyos terminos llegasen á confundirse con los del universo.

Yo tambien, señores, deseara estar dotado de aquella elocuencia sublime, patética y nerviosa, capaz de mover los corazones, é inclinarlos al objeto deseado, para desempeñar una empresa tan ardua, como lo es el elogio de tan esclarecido filósofo. Pero ya que este es un asunto superior á mis fuerzas, permitidme por lo menos implorar ante todas cosas el auxilio de un ente superior: de aquel ente digo, que en una edad mas dichosa, alojado en lo interior de nuestro cerebro, nos hizo inventar tantas y tan sutiles cuestiones. Mas ¿qué novedad es la que advierto en vosotros? ¡O cielos! La falsa noticia de su muerte, forjada y divulgada por sus enemigos, os habia hecho creer que ya no existia, y aun atribuíais á esta causa la rapidez con que nuestros contrarios habian estendido su doctrina. No obstante, no os dejéis engañar: vive, sí, señores, vive para nuestro consuelo; y bien que se ve obligado á andar encubierto y disfrazado, no por eso deja de comunicar, aun á estos ingratos, sus influjos, que no son menos reales [y efectivos que en los pasados tiempos.

Ilustre incomparable ente de razon, verdadero Proteo

*

de nuestras aulas, objeto formal de nuestra lógica, y espíritu familiar y tutelar de nuestras escuelas, que por la dilatada serie de tantos años habeis regido con singular acierto; que por un efecto de vuestra sutileza y de la alteracion que habeis causado en nuestros cerebros, nos habeis hecho abandonar un mundo real, para ir en pos de un pais imaginario y al reino de las quimeras: comunicadme vuestro poderoso influjo, y trastornando desde luego mis potencias, alejad de ellas toda sombra de verosimilitud y de verdad. Haced que mis palabras correspondan á la gravedad de mi asunto, y que mis pensamientos tengan aquella nobleza y solidez que caracterizaron los proyectos de nuestro incomparable Roselli.

Cuan variables son las inclinaciones de los hombres, y cuan inconstantes sus gustos y pareceres! Lo que hoy forma el objeto de su cariño y predileccion, se convierte el dia siguiente en el blanco de su aborrecimiento y de su horror. El espíritu de singularidad ejerce en el corazon humano un imperio tan despótico y tirano, que si la esperiencia no nos lo manifestase repetidas ocasiones, seria increíble que un hombre racional se dejase arrastrar en tanto grado de esta manía, que no oyese los clamores interiores de su razon, que incesantemente le acusan tan estraña y reprehensible conducta.

¿Quién hubiera creído en el siglo trece, cuando Rogerio Bacon, aquel sacrilego monge é inventor (1) funesto de la pólvora, fué aprisionado como mágico y blasfemador del sagrado nombre de Aristóteles, por haber reusado venerar su autoridad, y haber proferido ¡qué blasfemia! que sus escritos solo eran buenos para ser quemados en una hoguera,

(1) No ignoro que los eruditos están divididos sobre el origen de la pólvora: no obstante, como no faltan algunos que atribuyan á Bacon su invención, y por otra parte la menor circunstancia le basta á un hombre preocupado contra otro, para pintarnoslo mas reprehensible, no he dudado valerme de esta opinion vulgar, especialmente habiendo de ponerla en boca de un escolástico. Tambien he hecho uso del lenguaje y de las expresiones denigrativas con que por lo regular hacen la guerra los peripatéticos á los modernos, como son los de *temerarios, amigos de novedad y singularidad, y alguna vez de sostener opiniones poco conformes á nuestra religion*, para pintar mejor el carácter de un escolástico.

que este mismo filósofo se vea en nuestros dias tan abatido y desacreditado? ¿Quién hubiera sospechado en el siglo diez y seis, despues de la sangrienta muerte ejecutada en la persona de Pedro Ramo, aquel ateista declarado y perturbador de la quietud pública, que aun siendo jóven, se atrevió á sostener en 1543 todas las theses contradictorias de la doctrina de Aristóteles que le propusiesen, que esta misma universidad que escitó á los magistrados y al pueblo contra él, sea á la presente la primera que condena su filosofia, y reputa su física como una vana gerigonza de palabras huecas y enigmáticas, mas propias para encubrir nuestra ignorancia, que para explicar los admirables efectos de la naturaleza? ¡O tiempos! ¡O costumbres! Antiguamente regian nuestras cátedras y gobernaban nuestras universidades unos hombres celosos, inflexibles, llenos de un noble ardor y atrevimiento, capaces de arrostrar los mayores peligros, y que al menor ruido de novedad, se ponian en armas, sin soltarlas por un instante de las manos hasta no haber destruido á sangre y fuego á los perturbadores de la paz pública, ó aristotélica, y á los espíritus inquietos que se han conjurado en algunos tiempos para destronar al principe jurado de las aulas. Yo por lo menos conservaré perpetuamente indeleble en mi memoria la ruidosa venganza que tomaron en la persona del referido Ramo. Despues de haberlo perseguido toda su vida, y despues de haberlo obligado á andar siempre vago y encubierto, pusieron por fin el sello á sus justos procedimientos, haciéndolo perecer en el asesinato espantoso de S. Bartolomé. Ramo, que habia sospechado que sus implacables enemigos no dejarian de utilizarse de este dia sangriento para arruinarlo enteramente, procuró ocultarse en una caverna; mas el famoso Charpentier, su digno competidor á la cátedra de matemáticas, mandó sacarlo de este lugar subterráneo por medio de ciertos asesinos, que despues de haberle despojado de todo su dinero, y haberlo oprimido de golpes, lo arrojaron por la ventana al corredor de su casa. Se le vieron salir á este impio las entrañas con esta caída, y los estudiantes, animados de la presencia de sus maestros, las esparcieron por las calles, adonde tambien arrastraron su cadáver, que entre tanto golpeaban con unas varas, sin otras muchas menudencias de que por ahora no me acuerdo. ¿Quién no hubiera juzgado, vuelvo á repetir, que con un castigo tan ejemplar se hubiera contenido el furor de estos sediciosos innovadores? Mas ¡ó caso terri-

ble é inaudito! La sangre de Ramo, à imitacion de la de aquellos soberbios gigantes que intentaron escalar el cielo, y à quienes Júpiter con un rayo lanzado de su diestra poderosa, habia sepultado en las tristes reliquias de las montañas que habian amontonado para subir al Olimpo, produjo una raza de filósofos aun mas terribles, intrépidos y violentos que él: *Scires é sanguine natam.*

En efecto son tantos, tan repetidos, tan inauditos los ataques que nos han hecho; son tantas las astucias que han empleado; tan capciosas las cavilaciones de que se han valido, que por último han llegado à triunfar de todos nuestros esfuerzos, apoderarse de todas nuestras cátedras, y aun de la atencion y respeto con que el público remuneraba tan justamente nuestras laboriosas tareas y fatigas. Sí: este mismo público que antes nos reputaba como oráculos, apenas habla de nosotros, si no es para ridiculizarnos, y para demostrar el último grado à que puede llegar la preocupacion, y la ciega y terca adhesion à la doctrina de nuestros mayores. Los mas moderados nos comparan à aquellos antiguos caballeros andantes que salian en tiempos pasados en solicitud de torneos, donde el disputar y quedar vencedores era sumamente glorioso, y del mismo modo que estos se presentaban de torneo en torneo, combatiendo frecuentemente por hermosuras que nunca habian visto, vamos los escolásticos de escuela en escuela haciendo alarde de nuestra habilidad y disputando de cosas que no entendemos. Y aun por un efecto de su osadia y atrevimiento, nos hacen inferiores à ellos. *¿Quis talia fando temperet à lacrimis?* Aquellos por lo menos, dicen, (1) tomaban siempre las armas en defensa de una hermosura, y el menor de todos se hubiera avergonzado de pelear por una fealdad despreciable; pero los dialécticos no somos tan delicados en la eleccion del objeto de nuestras disputas. Tan prontos à defender lo falso como lo verdadero, tenemos varias veces por gloria el abatir una verdad, y llevar en triunfo un error: porque pudiendo hacer ostentacion de la agudeza de nuestro ingenio, hacemos poco aprecio del mérito de la causa.

Tales ó semejantes à estos eran, señores, los pensamientos que interiormente revolvía nuestro caballero Roselli aquella tarde venturosa en que le ocurrió el felicísimo pensamiento de restablecer à su primitivo honor la única, la an-

[1] El Abate J. Andrés tom. 1.

tigua, la verdadera filosofia. Varias veces le ví yo mismo pasearse lleno de una profunda melancolia, los ojos fijos al suelo; pero continuamente cubierto de una furiosa agitacion, que denotaba siempre su interior congoja y sobresalto. Aun permanecen gravadas en mi corazon las últimas palabras que le oí proferir en esta ocasion: ¡Hados injustos, decia, suerte cruel y terrible! ¿Luego solo habeis retardado mi nacimiento para ser un triste testigo de las lamentables desgracias que padecen nuestras escuelas? ¡O una y mil veces bienaventurados aquellos géneos superiores que tuvieron la dicha de vivir en siglos mas felices, siglos en que la libertad de pensar era un nombre enteramente desconocido de los filósofos! ¡Ay de mí! ¡Quien pudiera obligar à retroceder aquellos siglos de oro, siglos verdaderamente filosóficos, y en que la novedad no habia tenido el descaro de profanar con una mano sacrilega el santuario de la filosofia! ¡Quien pudiera inspirar à nuestros jóvenes aquella antigua aficion à las cuestiones sutiles, y renovar en nuestra edad la loable costumbre que reinaba en tiempo de Conrado III, en el que, como asegura el abate Wivaldo, las personas mas graves y de mayor consideracion se ocupaban deliciosamente en mil agudas y sofisticas conclusiones, como aquellas de lo que no has perdido tienes: no has perdido los cuernos: luego los tienes; y especialmente aquel sofisma con que el mismo abate acometió al emperador: *vuestra magestad*, le dijo, *tiene un ojo*; lo que habiendole concedido, continuó diciendo: *vuestra magestad tiene dos ojos*: (1) *Es cierto*, dijo el emperador. Aquí entonces Wivaldo en tono de triunfo:

(1) Para no dar lugar à que alguno sospeche que le atribuimos à los escolásticos estas pueriles sutilezas, me ha parecido oportuno copiar las palabras del abate Wivaldo, que se pueden ver en la misma obra del abate J. Andrés: „Argutias, & sophisticas conclusiones, quas *gualidicas* à quodam Gualone vocant, ne exercebis superbe, nec contemnes. Haec hujusmodi sunt: quod non perdidisti, habes; cornua non perdidisti: cornua ergo habes. Item: mus sillaba est; sillaba autem caseum non rodit: ergo mus caseum non rodit. „Mirabitur dominus noster Coaradus rex quae à literatis... Cum non intelligeret, ridiculo eum sophismate adortus sum. „Unum, inquam, habetis oculum? quod cum dedisset, duos, inquam, oculos habetis? „quod, cum absolutè annuis et; unus, inquam, & duo tres sunt: ergo tres oculos habetis. Captus verò cavillatione jurabat se duos tantum habere, multis tamen & his similibus determinare doctus jucundam vitam dicebat habere litteratos.” No les envidio vida tan feíz.

dos y uno son tres: luego vuestra magestad tiene tres ojos. Apenas habia concluido un discurso tan tierno y tan patético, cuando le ví retroceder violentamente con un semblante risueño, y que denotaba con la mayor evidencia el excesivo gusto de que se hallaba penetrado. Acercóse á mí: me echó los brazos al cuello; y despues de haber estado largo tiempo sin articular un solo vocablo, desde luego porque la alegría le habia embargado el habla, prorrumpió en estos hermosísimos versos de Virgilio

*Mutemur clypeos, Danaumque insignia nobis
Aptemus: dolus, an virtus ¿quis in hoste requirat?
Arma dabunt ipsi.*

Si mudemos escudos: acomodémonos las insignias de los griegos, que ellos mismos nos darán armas. ¿Qué armas ni qué escudos, ni que griegos son estos, R. P. dije á esta sazón, de qué me quiere hablar V. P. con tanto ahinco, como noto en su semblante? ¡Ay de mí! ¿Se le ha olvidado á V. P. acaso, que su profesion y estado no le permiten pensar en guerras, y cuando esto fuese que nosotros gozamos al presente de una paz octaviana? No quiero decir eso, me replicó con mayor viveza y fervor, mi intento es, á imitacion de lo que hicieron los troyanos con los griegos, combatir á los modernos con sus propias armas; impugnarlos con sus mismas doctrinas, y emplear contra ellos las esperiencias que alegan para corroborar la sólida doctrina de nuestras aulas.

No bien profirió estas últimas palabras, cuando, sin despedirse de mí, salió apresurado en solicitud de las obras de Descartes, Gasendo, Newton, y de los mas profundos matemáticos de este y de los pasados siglos. Proveido de ellos, lee, devora, registra, extracta, y para no detenerme mas largo tiempo, hace tan rápidos progresos en la lectura de estas obras, que en poco tiempo se adelanta á los Descartes, Newtones, Leybnitzes, Bernoulis, y á los mayores heroes de la nueva filosofía. ¡Tú, divino ingenio, sin mas auxilio que el de tu imaginacion, y las benignas influencias del ente de razon, desengañaste al universo de que para la produccion de las plantas no necesitaba la tierra de semillas, como ni la podredumbre de falsos huevecillos para la produccion de los insectos! ¡Tu solo, como plenipotenciario de la naturaleza, diste comunicacion al mar con el lago megicano (1);

(1) Ros. pág. 207, cuest. 20, art. 30, not. 1. No cito individualmente todos los lugares, porque lo juzgo inútil. El que quiera

le dispensaste flujo y reflujo, y aun por un efecto de tu generosidad, le concediste otra laguna cercana de agua dulce, para mezclar sus salobres y amargas aguas al tiempo de su reflujo! ¡Tu solo...! ¿qué me cansas señores? La república literaria, atónita con el simple rumor de tan pasmosos y tan importantes descubrimientos, apenas acertaba á creer lo que la fama divulgaba ya por toda la redondez de la tierra. Nuestro Roselli advierte esta sorpresa, y deseando utilizarse de un momento tan precioso, asociado de ciertos compañeros desafia á los modernos, preséntase á campaña, é interin los enemigos llegan al lugar señalado para el combate, creyó deber implorar el auxilio de la naturaleza en estos términos.

Sábía naturaleza, que por un efecto de vuestra beneficencia os dignasteis declararnos por la boca del maestro de Alejandro las inmutables y ocultas leyes, por cuyo medio permanece y se mantiene la portentosa máquina del mundo: que concediste á todos los cuerpos un apetito innato ácia su centro; apetito que los hace estar violentos luego que una causa estraña los aleja de un domicilio tan amable y tan querido: que sin sujecion ni arreglo á ciertas y determinadas leyes, dispensaste á los unos ligereza, y pesantez á los otros, á fin de que pudiesen mantenerse en los sitios y lugares que les habeis asignado en tranquilidad y reposo: que de la materia mas vil y despreciable como lo es la podredumbre, sabeis formar unos entes tan perfectamente organizados cuales son los insectos: una nueva raza de filosofos, una raza impia de innovadores se ha sublevado contra vuestro poder, y no contenta con escudriñar vuestros mas recónditos secretos, intenta sorprenderos en la produccion de vuestros mas admirables y prodigiosos efectos. ¿Qué digo yo? Llega á tanto su osadia y atrevimiento, que no solo pretenden averiguar hasta donde llega vuestro horror al vacuo, sino, lo que es mas, intentan despojaros de la arma mas poderosa, cuales son los rayos por medio de ciertas máquinas ó conductores eléctricos. ¿Hasta cuando habeis de sufrir á tales monstruos? ¿Hasta cuando habeis de permitir que se glorien impunemente de haberos obligado á manifestarles vuestros mas profundos y secretos arcanos, y de haber llevado hasta lo mas elevado de los cielos la balan-

satisfacerse de la poca solidéz de esta obra puede leer cualquiera tomo, porque todos, como hijos de un mismo padre, son muy parecidos.